

Vinicio no recibió ninguna respuesta á su carta. Petronio no escribió, aguardando diariamente á que Nerón diese la orden de regresar á Roma. La noticia se divulgó pronto por la ciudad, causando inmensa alegría entre el pueblo, deseoso de juegos y de distribución de granos y aceitunas, de que se había hecho gran provisión en Ostia. Por fin, el liberto de Nerón, Elio, anunció en el Senado el regreso. Pero Nerón, que con su corte se había embarcado en Miseno, avanzaba lentamente, deteniéndose en varias ciudades de la costa, para descansar ó para dar representaciones teatrales. Pasó veinte días en Mítumo, y ya abrigaba el deseo de volver á Nápoles para esperar allí la primavera.

En tanto Vinicio, encerrado en casa, sólo pensaba en Licia y en todos los acontecimientos que habían hecho vibrar todas las cuerdas de su corazón, mudas hasta aquel día. De cuando en cuando Glauco iba á visitarle, y su visita le proporcionaba una dicha indecible, pues podía hablar de Licia. Glauco ignoraba dónde se había refugiado, pero podía asegurar que los ancianos la custodiaban con la más cuidadosa atención. Un día, conmovido por la aflicción de Vinicio, le confesó que Pedro había reprendido á Crispo por las censuras que dirigió á Licia á causa de su amor. El joven patricio, al oír esto, quedó asombrado; había esperado siempre no ser indiferente á Licia, pero sin adquirir nunca la certeza; y oía que un tercero, y cristiano precisamente, confirmaba su deseo. La alegría le impulsó á ir inmediatamente en busca del apóstol, y oyendo que éste no se hallaba en Roma, pero sí en los alrededores predicando, suplicó á Glauco que le condujera adonde se hallase, prometiéndole ricos dones para la comunidad. Ahora que sabía que era amado por Licia, todo obstáculo le parecía pequeño y se sentía dispuesto á adorar á Cristo en cualquier instante. Aunque Glauco insistía cerca de Vinicio para que se bautizase, no podía ofrecerle como inmediato galardón la posesión de Licia; pero le aconsejaba abrazar aquella doctrina por su propio bien, por amor de Cristo y no por otras razones.

— Es el alma la que debe hacerse cristiana, decía.

Y aunque cualquier dificultad irritaba al joven tribuno, éste comprendía que las palabras de Glauco tenían la intención que debían tener las palabras de un verdadero cristiano. Vinicio no comprendía que ya se había operado en su ser una de las principales transformaciones. Antes medía á los hombres y las cosas por el rasero de su egoísmo; ahora, en cambio, se amoldaba á la idea de que cada ojo y cada corazón podía ver y sentir diferentemente, y admitía que la justicia no se rige siempre por las utilidades personales.

Deseaba con frecuencia ver á Pablo de Tarso, cuyos discursos le impresionaban profundamente. En el silencio reunía argumentos contra su doctrina y los discutía con el pensamiento; pero, con todo, deseaba ver de nuevo á aquel hombre y vol-

ver á oírle. Pero Pablo hallábase en Aricia, y Glauco se dejaba ver más de tarde en tarde, así es que Vinicio vivía en completa soledad. Empezó nuevas excursiones por la Suburra y por el Trastevere, con la esperanza de ver á Licia, al menos de tapadillo. Cuando también esta esperanza quedó desvanecida, comenzó á apoderarse de él la impaciencia. Su antiguo carácter reaparecía como la ola vuelve á la playa, de la cual poco antes ha sido rechazada. Le parecía ser uno de esos que sin motivo se sulfuran y se enfurecen, en vez de gozar de cuanto les ofrece la existencia. Decidió olvidar á Licia, ó por lo menos, procurarse algún solaz. Comprendió que esta sería la última tentativa, y con el ímpetu propio de su carácter se echó en brazos del placer.

Roma, ante la perspectiva del regreso de Nerón, comenzaba á reanimarse. Se preparaba una solemne acogida al emperador. La primavera se aproximaba; los vientos africanos habían destruído la nieve de los montes Albanos; en los jardines despuntaban por doquier las violetas. En el Foro y en el Campo de Marte se congregaba el pueblo, atraído al aire libre por un sol espléndido; en la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes; las excursiones á los montes Albanos estaban á la orden del día; mujeres jóvenes, con el pretexto de rendir homenaje á Juno en Lanuvio ó á Diana en Aricia, abandonaban sus casas en busca de aventuras, placeres y compañía fuera de Roma.

Un día Vinicio divisó entre los demás coches señoriales la carroza de Crisotemis, precedida de dos mastines. A su alrededor se agrupaban varios jóvenes y algunos viejos senadores, obligados por sus cargos á permanecer en Roma. Crisotemis en persona guiaba sus cuatro caballos, repartiendo al mismo tiempo sonrisas y suaves latigazos entre los que la rodeaban. Al ver á Vinicio, detuvo los caballos, é invitándole á subir al carruaje, le condujo á su casa. Allí había preparado un banquete que duró toda la noche. Vinicio bebió tanto que tuvo que ser transportado á su casa sin conocimiento. No recordaba más sino que Crisotemis le había ofendido mencionando á Licia, por lo cual, ebrio como estaba, le había vertido encima un cáliz de Falerno. Tal recuerdo inflamaba su cólera. Después de aquel baño de Falerno no volvió á sonar el nombre de Licia; pero Vinicio no lograba arrancárselo del pensamiento. Le parecía que los ojos de la joven le miraban atentamente, y experimentaba una sensación de miedo. Sufría y no podía escapar al tormento y á la idea de desagradar á Licia. Verdad que en vez de abstenerse de las orgías y de la disolución se había entregado á ellas con más ímpetu, á pesar de Licia; pero, al fin, debía convenir en que su imagen no le concedía un minuto de tregua y que, como antes, ella era la causa de todo el bien que hacía; ahora podía atribuirse á sí mismo la culpa de todo el mal y comprendía que nada en el mundo, excepto aquella joven, le interesaba. El tedio y el cansancio se apoderaron de su espíritu; el placer le repugnaba, no ocasionándole más que remordimientos. Se encontraba pobre y miserable, cosa extraña en él, acostumbrado á complacerse en todos sus actos. Ni siquiera el anuncio del regreso de César pudo sacudirle de su abatimiento. Sumido en su indolencia, no pensaba en ir á ver á Petronio, hasta que un día éste lo mandó á buscar con su propia litera.

El tío le recibió con expansión; pero Vinicio respondió brevemente á sus preguntas. Al cabo de un rato, no obstante, las impresiones latentes durante tanto tiempo se desbordaron en un torrente de palabras. Le repitió toda la historia de sus trabajos y excursiones en busca de Licia, le describió su vida entre los cristianos, todo lo que allí había visto y oído, sus sentimientos y sus ideas, lamentándose al final de haber entrado en un laberinto y haber olvidado todo sano juicio y toda noción exacta de las cosas.



Ya nada le gustaba, ya nada interesaba su espíritu, no sabía qué partido tomar. Estaba tan decidido á adorar á Cristo como á odiarle; reconocía la sublimidad de su doctrina, sin poder librarse, á pesar de esto, de cierta repulsión. Sabía que Licia, aunque hubiese sido suya, no podía pertenecerle por entero, porque su corazón se dividiría entre él y Cristo. Vivía; pero no era vida la suya, sin una esperanza para el porvenir, sin fe en la felicidad. En torno á él se extendían las más profundas tinieblas, sin encontrar el medio de salir de aquella obscuridad.

Petronio, en tanto, observaba su fisonomía cambiada, sus manos temblorosas, como si en realidad intentara abrirse camino entre las tinieblas. Calló, sumido en profundas reflexiones.

De pronto se levantó, y acercándose al sobrino, cogió entre sus dedos una guedaja de sus cabellos.

— ¿Sabes, preguntó, que sobre las sienes tienes ya cabellos grises?

— Es posible, contestó Vinicio; no me sorprendería que se hubieran vuelto blancos como la nieve.

Callaron otra vez. Petronio era un hombre muy reflexivo; su inteligencia se había ocupado frecuentemente en estudiar y resolver los más arduos problemas de la vida y del alma humana. En general, en la sociedad á que ambos pertenecían, una vida podría ser superficialmente feliz ó desventurada, internamente era siempre tranquila y pacífica. Como el rayo ó el terremoto pueden derrumbar un templo, igualmente una vida podría ser destruída por la desgracia. Pero, en conjunto, la existencia estaba formada de líneas tan sencillas y armónicas que no había que temer confusiones. Sin embargo, de las palabras de Vinicio se traslucía otra cosa. Por primera vez en la vida Petronio se encontraba frente á complicaciones del espíritu que esperaban una solución. Era demasiado experto para no despreciar el significado; mas, á pesar de su ciencia, no sabía encontrar una respuesta á tales cuestiones.

Después de largo silencio, dijo:

— Esto me parece magia.

— ¡Yo también me lo figuraba! Más de una vez creí que se había ejercido sobre nosotros algún hechizo.

— ¿Y si te dirigieras á los sacerdotes de Serapis? Entre ellos hay, como entre todos los sacerdotes de los dioses, muchos bribones sin duda; pero hay también algunos que poseen maravillosos conocimientos.

Decía esto sin convicción verdadera, con voz insegura, comprendiendo perfectamente cuán ridículo debía parecer en sus labios un consejo de tal naturaleza.

Vinicio, pasándose la mano por la frente, dijo:

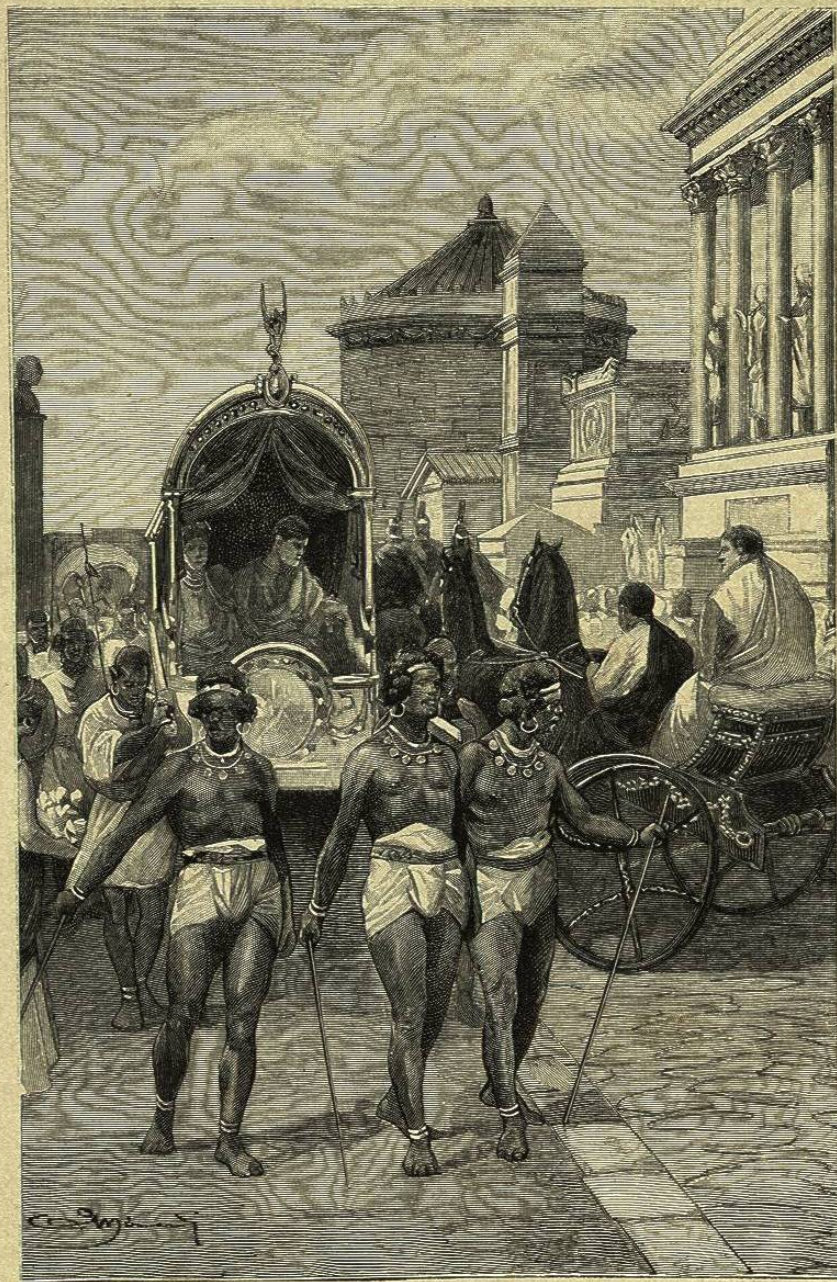
— ¡Magia! Yo he conocido magos que sabían utilizar en provecho propio fuerzas desconocidas y subterráneas, y otros que se servían de ellas para causar daño á sus enemigos. Pero estos cristianos viven en la indigencia, perdonan á los enemigos, predicán la humanidad, la virtud, la misericordia. ¿Qué utilidades pueden obtener con su magia?

A Petronio le irritaba que su espíritu vivo no supiese hallar respuesta alguna. No queriendo suponer esto, añadió, sólo por decir algo:

— ¡Es una nueva secta!

Después prosiguió:

— ¡Por la divina mujer del bosque de Pafos! ¡Cómo perjudica á la vida todo esto! Tú admiras la bondad y la virtud de esa gente; yo, en cambio, te digo que no me gusta, porque son personas enemigas de la vida, como la enfermedad y la muerte. Nos sobran enemigos de esa clase, sin necesidad de ir á buscarlos entre los cristianos. Ve contando todas las desgracias: Nerón, Tigelino, los versos de César,



En la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes



todos los zapateros que descienden de Quírites, los libertos que obtienen cargos senatoriales. ¡Por Cástor! ¡Son ya demasiados! ¡Y como si no bastaran, hay que añadir ahora esa secta repugnante y fastidiosa! ¿No has tratado de evitar esa torpeza y gozar un poco de la vida?

— ¡He tratado de ello!, respondió Vinicio.

— ¡Ah, traidor!, exclamó riendo Petronio. Las noticias se saben muy pronto basta que lleguen á oídos de los esclavos. ¡Tú me has robado á Crisotemis!

Por toda contestación, Vinicio hizo un signo de indiferencia con la mano.

— En todo caso, te quedo reconocido, continuó Petronio. Le enviaré un par de pantuflas recamadas de perlas. En mi lenguaje de amor esto significa: «¡Quítate de en medio!» Te quedo obligado doblemente: por no haber aceptado á Eunica y por haberme librado de Crisotemis. ¡Escucha! Tú ves en mí un hombre que se elevó muy pronto, que frecuentó los baños, tomó parte en los banquetes, poseyó á Crisotemis, escribió sátiras y una que otra vez mezcló la prosa con versos, pero que se aburría como César y que muy á menudo no pudo librarse de tristes pensamientos. ¿Y sabes por qué? Porque buscaba lejos lo que tenía á mano. Una mujer hermosa vale siempre todo el oro que pesa; pero cuando además ama, su valor es incalculable. Para comprarla no bastan todos los tesoros del mundo. Yo me digo á mí mismo: «Quiero colmar de placeres mi vida, como se colma un cáliz de vino selecto; quiero gozar hasta que los brazos se me caigan desfallecidos y hasta que mis labios palidezcan como los de un muerto. Lo que suceda luego no me interesa.» He aquí mi nueva filosofía.

— Me parece siempre la misma; no encuentro en ella nada nuevo.

— Hay algo que antes no existía.

Después de pronunciar estas palabras hizo llamar á Eunica, que entró en seguida envuelta en blanco vestido: no era ya la esclava de otro tiempo, sino una diosa de amor y felicidad.

— Eunica, dijo Petronio, manda preparar un banquete y las coronas de flores.

Cuando aquélla salió, Petronio se volvió á Vinicio y le dijo:

— Quería darle la libertad, y ¿sabes qué me contestó? «Prefiero ser tu esclava antes que ser mujer de Nerón.» Y en efecto, no consintió en ello; pero, en secreto, la hice libre: el pretor, por galantería, llenó los requisitos necesarios, sin su presencia. Ella ignora, pues, que es libre, y de este modo ignora también que, si yo muriese, mi casa y todos mis objetos preciosos, excepto las joyas, serían para ella.

Se levantó y cruzó la habitación. Luego continuó:

— El amor tiene la virtud de transformar á los seres, á unos más que á otros; yo también me encuentro cambiado; antes me gustaba el perfume de verbena; ahora que Eunica prefiere la violeta, esta es mi flor predilecta. Desde que empecé la primavera, puede decirse que vivimos entre violetas.

Parándose delante de Vinicio, le preguntó:

— ¿Y tú continuas prefiriendo el nardo?

— ¡Déjame en paz!, respondió el tribuno.

— Yo te mostré á Eunica, porque quizá tú también buscas lejos lo que tienes cerca. Tal vez en tu casa, en las habitaciones de tus esclavas, palpita un corazón honrado y fiel. Aplica ese bálsamo á tus heridas. ¿Licia te ama, dices? ¡Es posible! Pero ¿qué clase de amor es ese que renuncia? ¿No significa esto que en ella se agita otra fuerza más poderosa que el amor? ¡No, carísimo! Licia no es Eunica.

— ¡Todo me atormenta!, respondió Vinicio. Licia no es Eunica; pero yo veo la diferencia á través de un prisma distinto del tuyo. El amor ha influido sobre tu olfato, y por esto prefieres la violeta á la verbena; en mí ha transformado el alma

de tal modo que, á pesar de mi pasión y de mis tormentos, prefiero que Licia sea tal como es, á juzgarla como las otras.

— En tal caso tienes lo que mereces. Pero no llego á comprenderte.

— ¡Verdad, verdad!, respondió Vinicio agitado; nosotros ya no nos comprendemos.

Siguió un instante de silencio.

— ¡El averno se trague á tus cristianos!, exclamó Petronio. Han destruido tu razón, llenándote la cabeza de ideas atrabiliarias. ¡El averno se los coma! Te engañas calificando de buena su religión; es bueno lo que da la felicidad: por ejemplo, la belleza, el amor, la fuerza, lo que ellos llaman vanidad. Te engañas si los juzgas justos; porque devolviendo bien por mal, ¿cómo se pueden recompensar luego las buenas acciones? Entonces ¿qué se gana con ser bueno, si el bien y el mal se pagan con la misma moneda?

— ¡No! La recompensa no es la misma; pues, según su doctrina, empieza con la otra vida, que es eterna.

— No me preocupan tales cuestiones, porque sólo entonces se sabrá si puede verse sin ojos. Entretanto, todos ellos me parecen insignificantes. Ursus mató á Crotón merced á sus miembros de acero. Por lo demás, son locos, y el porvenir no puede ser de los locos.

— Para ellos la vida principia con la muerte.

— Sería como decir: el día empieza al caer de la tarde. ¿Quieres apoderarte de Licia?

— No, no quiero devolver mal por bien; además juré no hacerlo.

— ¿Tienes intención de abrazar su fe?

— Lo desearía, pero mi carácter se niega á ello.

— ¿Podrás olvidar á Licia?

— ¡Jamás!

— Viaja una temporada.

En aquel momento entraron los esclavos para anunciar que el banquete estaba preparado.

Petronio creyó haber tenido una buena idea. Mientras se dirigían al triclinio, dijo al joven tribuno:

— Tú has recorrido gran parte de la tierra, pero mientras eras soldado, es decir, cuando estabas ansioso de llegar á tu destino, sin detenerte en el camino. Ven con nosotros á la Acaya; César no ha abandonado la idea del viaje. Se detendrá en todas partes para cantar, para recoger laureles, para saquear templos, y volverá luego á Italia como triunfador. Será como si Baco y Apolo, reunidos en una sola persona, emprendieran un viaje triunfal. Augustianos, hombres, mujeres y mil cítaras. ¡Por Cástor! Valdrá la pena de asistir, porque el mundo nunca habrá visto un espectáculo semejante.

Hablando así se tendió sobre el diván, junto á la mesa, al lado de Eunica; un esclavo le puso una corona de anémonas, y prosiguió:

— ¿Qué has visto mientras has estado al servicio de Corbulón? ¡Nada! ¿Conoces los templos griegos como los conozco yo, que, dirigido por guía experto y sabio, los visité minuciosamente durante dos años enteros? ¿Viste el coloso de Rodas en el Panopeo, en la Fócida la arcilla con que Prometeo formaba el hombre?, ¿ó en Esparta los huevos de Leda?, ¿ó en Atenas la célebre armadura sármata, fabricada con uñas de caballo? ¿En Eubea la nave de Agamenón?, ¿ó la copa modelada sobre el pecho izquierdo de Helena? ¿Has visto Menfis, Alejandría, las Pirámides y los cabellos que se arrancó Isis por amor á Osiris? ¿Has oído el sonido lastimero



de Memnón? La tierra es vasta y no termina en el Trastevere. Yo acompañaré á César, y á su regreso iré á visitar Chipre, siendo el deseo de mi diosa de la cabellera de oro ofrecer palomas á la Diosa en Pafos; y su deseo es para mí una orden.

— Yo soy tu esclava, dijo Eunica.

Petronio, dirigiéndose á Vinicio, continuó:

— Ven con nosotros á Chipre. Pero antes no te olvides de ir á saludar á César. Malo es que no lo hayas hecho ya; Tigelino podría aprovecharse para perjudicarte: no siente hacia ti particular aversión, pero no puede quererte bien siendo tú mi sobrino. Diremos que has estado enfermo. Debemos preparar una contestación por si César preguntase por Licia. Lo mejor será que le digas con aire de indiferencia que estás hastiado de ella. Dile además que la enfermedad te ha tenido encerrado en casa y que experimentaste un aumento de fiebre por el sentimiento que te causó no poder oír su canto en Nápoles. No temas las exageraciones; Tigelino inventará para César algo no sólo grande, sino gigantesco; temo que acabe por suplantarme.

— ¿Sabes, dijo Vinicio, que hay personas que no tienen miedo á César y que viven tranquilas como si él no existiese?

— Me figuro á quiénes te refieres... ¡los cristianos!

— ¡Esos precisamente! Y en cambio, ¿qué es nuestra vida sino un perpetuo temor?

— ¡Déjame en paz con tus cristianos! No temen á César porque él quizá nunca ha oído hablar de ellos. En último caso, los conoce y no se ocupa de ellos para nada. Te repito que los cristianos no son personas de significación. Tú mismo debes comprenderlo; si tu naturaleza se rebela contra su doctrina, esto ocurre solamente porque adivinas su escasa importancia. Tú eres de otro rango, querido mío. Así, pues, déjame en paz y procura tranquilizarte. Nosotros sabemos vivir y morir: lo que ellos sepan sobre lo que nosotros sabemos, lo ignoro por completo.

Estas palabras no dejaron de producir efecto sobre Vinicio. Volviendo á su casa pensaba que tal vez la bondad y el amor al prójimo de los cristianos podían ser una prueba de la inferioridad de su espíritu. Le parecía que personas inteligentes y valerosas no podían perdonar tan fácilmente. Creía descubrir en esto la causa de la aversión de su naturaleza romana contra su doctrina.

— Nosotros sabemos vivir y morir, había dicho Petronio. Ellos, en cambio, no saben más que perdonar, sin conocer el verdadero amor, ni el verdadero odio.

## XXX

Apenas llegado á Roma, César se arrepintió de haber regresado, y después de algunos días sintió renacer el deseo de visitar la Acaya. Promulgó un edicto para declarar que su ausencia no sería de larga duración y que no se interrumpiría el curso normal de los negocios públicos. En compañía de sus cortesanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, estuvo en el Capitolio para implorar de los dioses con sacrificios un feliz viaje. Pero el segundo día, visitando el templo de Vesta, ocurrió un hecho que destruyó todos sus proyectos. Nerón, sin tener fe en los dioses, los temía, infundiéndole especial temor la misteriosa Vesta. La vista del templo y del fuego sagrado le aterrizó hasta el extremo de erizársele los cabellos: un frío intenso le serpenteó por las venas, y dando diente con diente cayó en brazos de Vinicio que estaba á su lado. En seguida fué sacado del templo. Llevado al palacio, volvió pronto en sí, pero en algunos días no pudo abandonar el lecho. Entre la admiración general, declaró que prorrogaba la partida por haberle recomendado la diosa evitar toda precipitación. Una hora después se esparció por toda Roma la noticia de que César, conmovido por las tristes miradas de los ciudadanos y animado por el amor paternal que sentía por ellos, había decidido quedarse en la ciudad para compartir su suerte y sus placeres. El pueblo se alegró de tal determinación, tanto más cuanto que con el anuncio se le garantizaban, por decirlo así, los juegos y la distribución de granos. Imponente muchedumbre se reunió frente al palacio prorrumpiendo en gritos de júbilo y ensalzando al divino César. Éste, que se hallaba jugando á los dados con los cortesanos, interrumpió la partida, diciendo:

— Sí, fué necesario prorrogar el viaje. El Egipto y el vaticinado predominio sobre Oriente no pueden escapárseme. Tampoco se perderá la Acaya. Haré cortar el istmo de Corinto y mandaré edificar en Egipto monumentos, á cuyo lado las pirámides parecerán juguetes. Haré construir una esfinge siete veces mayor que la que se encuentra en el desierto, cerca de Menfis, y tendrá mis rasgos fisonómicos. Los siglos venideros no hablarán más que de mí y de ese monumento.

— Con tus versos te has erigido ya uno, no siete, sino veinte veces más grande que las Pirámides, dijo Petronio.

— ¿Y con mi canto?

— ¡Ah, si los hombres acertasen á erigir una estatua como la de Memnón, que pudiese saludar la salida del sol con tu voz! Por todos los siglos venideros, los mares que circundan el Egipto estarían atestados de naves, y los pueblos de las tres partes de la tierra, olvidando toda otra cosa, prestarían oídos á tu canto.

— ¡Oh!, ¿quién acertará?, preguntó Nerón.

— Puedes ordenar que te esculpan en basalto, en actitud de montar sobre tu cuadriga.